

Otra vez, la fuerza de trabajo como mercancía

Eduardo Sartelli

“Por los distintos papeles que durante el proceso de producción desempeñan en la creación de valor y, por tanto, también en la creación de plusvalía, los medios de producción y la fuerza de trabajo, en cuanto son formas de existencia del valor del capital desembolsado, se distinguen como capital constante y capital variable. Como partes constitutivas diversas del capital productivo, se diferencian además en que los primeros, en posesión del capitalista, también siguen siendo su capital fuera del proceso de producción, mientras que sólo dentro de éste la fuerza de trabajo deviene forma de existencia de existencia de un capital individual. Si la fuerza de trabajo sólo es mercancía en manos de su vendedor, el obrero asalariado, en cambio, sólo se convierte en capital en manos de su comprador, el capitalista, a quien se adjudica su uso temporal.” (*El Capital*, t. II, capítulo 1, p. 47 de la edición de Akal).

El obrero, consecuentemente, sólo es parte del capital en el momento de la producción. Marx insiste: “La fuerza de trabajo humana no es, por naturaleza, capital, como tampoco lo son los medios de producción.” Quiere decir que, por naturaleza, es otra cosa: fuerza productiva sin más. Su carácter de fuerza productiva no deviene del capital, sino de otro lado:

“Solo adquieren este carácter social específico en determinadas condiciones, históricamente desarrolladas, del mismo modo que sólo bajo estas condiciones, los metales preciosos revisten el carácter de dinero o éste el de capital monetario.”

He aquí un punto central para reconstruir un marxismo que no reduce la humanidad a categoría económica, puesto que esto que llamamos “mercancía fuerza de trabajo” es cualitativamente distinta de cualquier otra mercancía. Desarrollar esta diferencia entre la fuerza de trabajo como mercancía de las otras mercancías, nos lleva más allá del determinismo místico y nos devuelve a la vida social.